

AUTO DE FE DE DOÑA SARDINA

A José Manuel Garrido

(Guión literario del cortometraje EL ENTIERRO DE
LA SARDINA de 1980, realizado por Juan B. Sanz)

(Durante 15 segundos fondo sonoro recogiendo en directo el murmullo del gentío y sonos de *La Raspa*).

SUENA la marcha triunfal, el himno oficial de la noche sardinera, *La Raspa*, con su aire de pasacalles, de pasodoble de toreo cómico, de marcha de tiempos de racionamiento. Todo lo imaginable se da cita en esta noche para acompañar a doña Sardina en sus exequias, ordenadas conforme al ritual en el que son ingredientes obligados la música ramplona, el ruido, las voces altisonantes, la cabalgata en un desorden medio organizado, la muchedumbre en piñatas y remolinos, los juguetes y baratujas, el fuego que continúa limpiando mucho mejor que cuantas cosas se han inventado,... Y al fondo, una ciudad, Murcia, que se deja llevar y mecer medio encantada.

Suena *la Raspa* con alma que anima el salto de la gente joven abrazada, que ayuda a levantar el vaso de vino y el carajillo, y lo que pongan, que guía con certeza la mano que aprieta carne mollar y de buen año, que crea amistades de las de al día siguiente si te he visto no me acuerdo,... Comienza a marchar la cabalgata y los que corren con la organización, como siempre, andan con palabras de todos los colores y braceo propio de políticos en el foro.



Ya viene el cortejo por el fondo de la calle, abriéndose paso gracias a las caras de alivio que llevan los municipales que sacaron el número de la rifa. Hay comentarios para todos los gustos. Un viejo del lugar deja en el aire que ha oído decir que el Entierro, en el presente, lleva más orden que el del año pasado. Más orden y concietro, y de disciplina, así-así. Ya veremos. Otro pone en aviso de que sale de estreno un dragón chino que echa fuego por la boca, y una mujer se hace de cruces ante la perspectiva de que es chino como Fu Man Chu, el de las películas. "Jesús, María y José qué cosas más curiosas inventan los chinos", dice en descargo de su conciencia.

En cabeza va un heraldo con traje de calle de heraldo, sobre caballo medio asustado por el ambiente, aireando un estandarte sacado de Dios sabe dónde, en el que lucen pinturas añejas y alusivas.

Y sigue la caballería de la policía de la ciudad condal repartiendo cascotazos y elegancia por lo de los uniformes de gala. "Se nota que son de Barcelona", dice una mujer que tiene una prima asentada en Badalona que le escribe todos los años por Navidad. "Los habrá mandado Tarradellas", "Pues es un detalle", "Yo creo recordar que esto vino ya cuando Franco", apunta un tercero que no sabía como decirlo. La cosa resulta vistosa y sirve para marcar las diferencias, porque no falta el que se pregunta cuándo habrá en Murcia una comparsa como esta de soldados de plomo tan airoso que a su vez sirvan para hermanar las regiones de España con abrazos de hermanos pobres y ricos, sin mezcla de bien alguno.

Y comienza propiamente el desfile funerario y alegre. Ya vienen los gigantes con su empaque de autoridad y braceo ceremonioso y desaliñado, y los cabezudos que caracolean tontilocos perdiendo el cabezón por enganchar, alguna perrona de las que un alma caritativa tira escondiendo la mano. Ya pasan estos personajes de la España eterna y zarzuelera. Y siguen las comparsas en las que hay pajarracos negros sobre zancos, comparsas en las que se critica sin llegar a faltar, comparsas en las que se infla la gaita del carnaval,... yendo de aquí para allá y dando a veces un corte de manga que siempre es bien recibido por lo que de aire fresco conlleva. "¿Y eso?", "Eso es un toro de los que torea el Cordobés", dice uno. Y no pasa nada porque con la democracia nos hemos vuelto muy comprensivos con la opinión de los demás, y porque lo del Cordobés pillá a trasmano, que si no hubiera sido difícil explicar que no hubiera muertos allí mismo. Y pasa el novicio, el dragón chino, un tanto anquilosado. Hay quien opina que no es



la cosa para tanto a pesar de lo que ocupa. El dragón está de vuelta de muchos líos como éste y sigue su camino fumándose un porro.

Pero en una noche como la del Entierro no pueden faltar los disgustos rigurosos como le sucede a más de uno que no termina de encontrar asiento en la silla, porque no hay forma de ver nada con tanto gamberro que taponen el campo. "Mañana lo verá mejor, buen hombre", le dicen encima. La mujer le calma tomándole por el brazo y quejándose de la falta de educación que hay en el mundo de hoy. "¿Y ahora qué pasa?", pregunta el hombre con cara de cabreo en cuarto creciente. "Las mayorettes". ¡Qué hermosura! De tan buen aspecto, tan limpias, dándoles a la gimnasia y al pandero, y demostrando saber lo que hay que saber para cuando se presente la ocasión de dar por sabida la lección. Y el personal masculino pasándose de rijosos y bramando a voz en grito. Una mujer se les queja y pide que no digan ciertas cosas aunque les sirva de desahogo. "Si no lo entienden, no ve que son francesas" le explica uno. De todas formas la mujer se queda con la duda.

Pasan bandas de música y hachoneros luciendo capirote y modelo de presidiario de la Restauración.

Y a golpe de tambor se presentan los *armados*. Ahí está lo que queda del Imperio Romano. Son las invictas legiones venidas de las guardarrópías del otro lado del Rhim, con banda de música y todo, en la que no falta ni clarinete con partitura en pinzas. Qué gusto da verlos, tan marchosos y dándole cuerda al un-dos y arrastre de suela incluido. Algunos llevan la armadura como colgada de una percha. Un legionario chato recompone en su lugar descanso las gafas de vista cansada una y otra vez. "Ese es el emperador", dice un enterado. "Estos se han escapado de las procesiones de Orihuela", dice otro. La legión romana sigue su camino avanzando sobre los bárbaros. Cada cual cumple con su obligación a su manera. Un-dos, un-dos... Este año se lo han traído bien ensayado y apenas si hay desajustes en las esquinas.

Pero en el ambiente se ha abierto paso una especie de nube cargada de música de cielo pagano compuesta a base de solos de pito. Todo el mundo anda ya con un pito en la boca, y no teniendo de qué opinar, le dan al fuelle con brío. Y el que no quiera oírlos que se tapone los oídos con alquitrán, o que se quede en su casa. Y venga pitos: pitos afinados y pitos desafinados, pitos de hinchia y pitos de deshinchia, pitos que se clavan en los sesos y pitos que los taladran, pitos aflautados y pitos gilipollas... Pitos de



mil clases, y todos asesinos. Crece la marea de pitos. Hasta los mediosordos del lugar sienten que pasa algo raro. "Son los pitos" dice una alma bondadosa al oído de la tapia. "Si yo no tengo prisa", responde el sordo creyéndose que acierta en parte. En el Entierro de la Sardina por falta de pitos no sufre nadie.

Y por fin hacen su aparición las carrozas con su efímero triunfo del paganismo reinante años atrás, cuando en el mundo el hombre también daba la nota desagradable. Allá van en carros triunfales a empuje de tractor, ni más, ni menos, que doña Venus, don Neptuno, don Mercurio, don Plutón, el Infierno en que están todos,... en figuras de cartón con oropel y plata de la gata, y en composiciones ingeniadas por los imagineros de nuestros días. Y en la taza de la carroza lo hace lo más granado de la política local y el comercio, bien merendados y bien regados, disfrazados de fantoches del año 2.000 y de nuestros días jugando al papelón de Reyes Magos, Papá Noel y repartidor de periódicos que llega a presidente de los Estados Unidos... Manos que no dais, qué esperáis,... Los políticos que les voten, los comerciantes que les compran y si puede ser pagando. Ahí van juguetes de plástico y menudencias,... y algún bote de zumo que si acierta da quebraderos de cabeza, como es el caso de uno que hacía de espectador: "Si no te ha hecho nada, si no tienes sangre". Hay que dar a manos llenas. El que parte y reparte, en noches como éstas si se descuida no se lleva a casa ni una chupeta para darle una sorpresa a la mujer. El que sale en una carroza se siente benefactor de la humanidad, bandido generoso, administrador de bienes del tío de Cuba,... el caso es colmar la ilusión de los niños y mayores de todas las edades, presentes en aquellas manos abiertas que se acercan pedigüeñas a los que van arriba, como siempre, aunque de cuando en cuando enciendan una bengala y por poco se llevan un disgusto. "Echa algo. Pepe, echa algo". En todas las carrozas es seguro que va alguien que se llama Pepe. De los pisos, por participar en el juego más que otra cosa, llueven cajas pendiendo de hilos por si se pesca algo... La gente grita y manotea en la larga noche sardinera. Un humo que llega a humazo y un olor a incienso y pólvora, se reparten a lo largo de la carrera y se expanden por la ciudad a modo de cúpula.

Uno se queja de un codazo en un ojo, otro de una patada en semejante sitio, otro de un pisotón en una dureza, que ya es casualidad,... Hay quien hace propósito de la enmienda de quedarse en casa al año que viene,... pero nadie pide el Libro de Reclamaciones.



Y por último se presenta doña Sardina que da gusto verla como viene, tan airosa, con empaque de señora y reflejos de la mar, y sobre todo, fresca, que es como debe de ir toda sardina en circunstancias como éstas. Ahí viene, mitad sirena mitad sardina, galana y postinera, seduciendo al personal hasta llevárselo de calle.

Una madre, señalándola con el dedo, dice a la criatura que la van a quemar, aunque no sabe bien porqué, pues los días en que la sardina era arena de reloj quedaron atrás, y don Carnal no tiene ganas de pleitos.

¡Qué hermosa va! y no como aquel año que le dio por llover y las carnes se le destiñeron y se le quedaron flojotas, como hinchadas, obligando a los bomberos a rociarla con calderos de gasolina, con un aire, que parecía no habían hecho otra cosa en su vida.

Allá la llevan, al asadero en la bajada del puente para quitarla de medio. Allá la llevan, al fuego, para que todos nos purifiquemos un poco, que buena falta nos hace. Noche de correr las calles en las que no se echa de menos nada, como la madre que busca a su hijo con cara de desesperación que no cambia cuando lo encuentra llorando a moco tendido unos metros más allá, o los novios que se dan el sobo creyendo que la suegra no se entera, pero después la hija tiene que oír aquello de "Pues no sé lo que vais a dejar para luego Hija, te digo yo que no te respeta".

Y el que está esperando con la mecha encendida le atiza fuego en el sitio oportuno para que arda de una por todas. Ya está hecho, ya suenan los petardos acompañantes... Y la muchedumbre contempla encantada cómo las llamas ganan en altura tiñendo de rojo su rostro. Ya va, ya va. El cartón se retuerce y cede carbonizado algún tablón que lo sostiene. Un año más. Hasta el año que viene y a ver si es mejor que éste, como se suele decir con razón más que suficiente.

Después sigue el regalo de los fuegos artificiales. Es el broche de oro. El punto y aparte de mil luminarias y palmeras de todos los colores que pintan el cielo de trazos y purpurina efímera. Y con la boca abierta es recibido el último trueno, como una bomba, que se va diciendo, *ahí me lo dejo todo*. Ahora sí, ahora se terminó.

De regreso del río se contempla a los bomberos apagando los últimos restos del timplado, pero ya nadie hace caso.

Cuando han limpiado las calles para que al día siguiente se pueda decir que aquí no ha pasado nada, y un nuevo día apunta tras la sierra, todavía quedan algunos mediofantasmas pasados de vino dando pitidos con



desmayo y buena voluntad. Son de la gente que no se resigna o que no sabe hacer otra cosa. Uno de ellos, frente al Ayuntamiento, acordándose de una amada que tuvo, y que desconoce la suerte que le amparó cuando se libró por tablas, se empeña, sin sonseguirlo, en decir aquello de “Con este puñal dorado te descorazonaría”.

Murcia duerme y descansa, que bien ganado lo tiene. El reloj de la catedral reparte horas y campanadas sin que las cuente nadie.

